

Hacia una mística de la carne:

el erotismo como encuentro divino en cinco poemas de *Zozobra*, de Ramón López Velarde

TOWARDS A MYSTICISM OF THE FLESH: EROTICISM AS A DIVINE ENCOUNTER IN FIVE POEMS FROM *ZOZOBRA*,
BY RAMÓN LÓPEZ VELARDE

Elizabeth Escobar-Rendón*

 0000-0001-9945-0076

*Universidad Autónoma del Estado de México, México

 <https://ror.org/0079gvp38>

Correo-e: elizabeth.rendon199@gmail.com



Recibido: 7 de enero de 2026
Aprobado: 16 de junio de 2026

Resumen: Se analizan cinco poemas de *Zozobra*, de Ramón López Velarde, para elaborar una propuesta acerca de la mística erótica en la poesía del autor jerezano. El estudio hace énfasis en que los tópicos del erotismo y del misticismo funcionan de manera conjunta y se fusionan en un proceso gradacional para configurar una mística de la carne. Se utilizan los modos de intensificación propuestos por Allen W. Phillips como técnica de análisis metabólico o retórico. El propósito esencial es abordar lo sagrado y lo erótico a partir de una dialéctica sincrónica y mostrar cómo ambos se articulan en una mística de la carne, lo cual permite ofrecer una interpretación más integral de la poesía velardiana.

Palabras clave: Ramón López Velarde; poesía; erotismo; misticismo; mística; *Zozobra*; sagrado; carne; modernismo

Abstract: Five poems from *Zozobra* by Ramón López Velarde are analyzed to formulate a proposal regarding the erotic mysticism found in the López Velarde's poetry. The study emphasizes that the themes of eroticism and mysticism operate in tandem, merging through a gradual process to form a mysticism of the flesh. The modes of intensification proposed by Allen W. Phillips are employed as a technique of metabolic or rhetorical analysis. The primary objective is to examine the sacred and the erotic through a synchronic dialectic and to demonstrate how they coalesce into a mysticism of the flesh, thereby offering a more comprehensive interpretation of López Velarde's poetry.

Keywords: Ramón López Velarde; poetry; eroticism; mysticism; mystique; *Zozobra*; sacred; flesh; modernism

INTRODUCCIÓN

Poseedor de un estilo lírico vibrante, intenso, íntimo y, ciertamente, complejo, Ramón López Velarde es uno de los poetas mexicanos e hispanoamericanos más sobresalientes del denominado modernismo literario. Fue admirado no solo por el público en general en su faceta de poeta nacionalista, sino también por una generación como la de los contemporáneos, que supo ver en él los ideales de una poesía mexicana universal:

A los ojos de todos, la poesía de Ramón López Velarde se instala en un clima provinciano, católico, ortodoxo. La Biblia y el Catecismo son indistintamente los libros de cabecera del poeta; el amor romántico, su amor, Fuensanta, su amada única. Pero estos son los rasgos generales, los límites visibles de su poesía, no los trazos más particulares ni las fronteras más secretas. (Villaurrutia, 1940, p. 73)

A estas meditaciones bien puede añadirse la lectura de Jaime Torres Bodet en “Cercanía de López Velarde”, donde el autor capitalino perfila al poeta jerezano como una figura de resonancia universal, capaz de dialogar con corrientes de vanguardia y que es comparable con autores de la talla de James Joyce o Paul Morand, así como con sensibilidades musicales como la de Gioachino Rossini:

La universalidad de una obra no está forzosamente proporcionada al cosmopolitismo de su escenario normal, ni corre pareja con las dimensiones de la aspiración de su autor. *Ouvert la nuit*, de Paul Morand, es más genuinamente francés y, en el fondo, más restringido —a pesar de la ubicuidad europea de sus personajes— que inglés *El artista adolescente*, de Joyce, que no juega con latitudes de carta geográfica, ni busca otra amplitud que la de su sinceridad. (Torres Bodet, 2008, pp. 53-54)

Velarde edificó una forma novedosa de concebir y hacer la poesía a partir de un sistema “siempre desgarrado entre impulsos de pureza y una sensualidad

ingobernable, y no obstante decidido a no renunciar nunca a ese desgarramiento, sino a contagiar cada vez más su religiosidad de erotismo y su erotismo de religiosidad” (Segovia, 2001, p. 12).

La obra poética velardiana se considera sumamente breve, apenas dos poemarios publicados en vida: *La sangre devota* (1916) y *Zozobra* (1919). Sin embargo, contó con la publicación —póstuma— de otros libros de naturaleza híbrida o predominantemente prosística, como *El minuterio* (1923), *El don de febrero* (1952) y *El son del corazón* (1932), que si bien participan de un aliento poético, se adscriben con mayor propiedad al ámbito de la prosa o la prosa poética. Visto en conjunto, estos textos constituyen todo el testimonio literario que legó el jerezano, con una resonancia profunda, entrañable y cautivadora.

La obra del vate zacatecano se fundamenta en una multiplicidad temática recurrente, en ella se pueden encontrar desplegados motivos tales como la religiosidad y el erotismo omnipresentes, la provincia y la patria íntima, la muerte, la ironía y el amor. Aunado a ello, los procesos de versificación se tornan altamente dinámicos, fluctuando entre formas tradicionales y nuevas combinaciones: cuartetos octosílabos, quintillas, heptasílabos, endecasílabos, alejandrinos con hemistiquio, dísticos, verso libre, tercetos, etcétera.

No obstante, acaso la madurez de estos temas alcanza su mayor expresión en su segundo libro: *Zozobra*, donde se advierte una mecánica fértil en cuanto al proceso imaginativo.

[Plagado] de un gran progreso artístico, es un marcado cambio de intensidad: el dolor, romántico y melancólico, si se quiere, pasa ahora a ser angustia; la sentimentalidad se tiñe de franca sensualidad; y las dudas se convierten en afirmaciones de dualidad que desgarran violentamente el alma del poeta. (Phillips, 1962, p. 142)

En esa óptica de su evolución poética y temática se circunscribe el presente análisis, cuyo propósito radica en pensar la lírica de *Zozobra* des-

de la simultaneidad sagrada y erótica —temas que, recurrentemente, han sido abordados de manera independiente y aislada— a través del campo místico en cinco poemas: “Transmútase mi alma...”, “Que sea para bien...”, “Hormigas”, “Idolatría” y “Ánima adoratriz”, examinados mediante los modos de intensificación propuestos por Allen W. Phillips. De este modo, el presente estudio sostiene que la antedicha simultaneidad no constituye una simple coexistencia temática, sino una articulación estructural mediada por un proceso de intensificación retórica que organiza la experiencia del sujeto lírico.

A propósito, Phillips desarrolla su idea de la intensidad estilística en Velarde como una técnica dinámica de cohesión estilística —o, si se quiere, una técnica de transmutación estética—, “utilizada para presentar o desarrollar una idea desde varios ángulos con la finalidad de incrementar el tono o la afirmación inicial en distinto nivel lingüístico” (Rodríguez, 1996, p. 90).

Este proceso se encuentra marcado, mayormente, por figuras metalógicas y metasemas, por ejemplo: hipérboles, gradaciones, antítesis, metáforas, símiles, sinestesias e hipálages. Sería posible también sumar a la intensificación rasgos estilísticos, tales como adjetivación excesiva, uso de imágenes interdependientes, símbolos, abstracciones, descripción, enumeración, plastificación de emociones y un lenguaje litúrgico y erótico.

Así pues, la propuesta radica en que la intensificación configura una progresión experiencial en el sujeto lírico, la cual puede visualizarse y entenderse en cinco momentos específicos: presencia, crisis, éxtasis, ruptura y revelación, aspectos que estructuran las analectas poéticas aquí presentadas.

DESLINDES CRÍTICOS

A fin de atender el accionar de la experiencia mística y erótica en la poesía velardiana como un acontecimiento unánime, resulta preciso comprender la

tensión, así como las particularidades de ambos conceptos, pues, ciertamente, gran parte de la crítica literaria ha creado, hasta cierto punto, una brecha en apariencia monótona entre este par de nociones al fundar una idea de pecado o culpabilidad subyacente en la dimensión religiosa.

Empero, esta consideración no ha sido del todo unánime, puesto que diversos estudios han problematizado dicha escisión, proponiendo que la discrepancia entre carne y espíritu no se dirime en una oposición irreconciliable, por el contrario, existe en una condensación afectiva.¹ En este *continuum*, Roberto Padilla Uribe (1971) estipula que este choque de pasiones propicia el surgimiento de una poesía cargada de intensidad emotiva, mientras que Carmen de la Fuente (1988) advierte en estas dualidades el drama de una nueva pasión más que una enajenación entre los dos términos. Verbigracia, el propio Phillips percibe un doble discurso

entre la carne y el espíritu, la tierra y el cielo. Esta dicotomía no es nada nuevo: es sencillamente una lucha muy humana entre dos móviles contradictorios. Lo que impresiona —y en esto radica gran parte del valor de su poesía— es su única y original manera de objetivar las condiciones opuestas de su vehemente temperamento: ávido del bien, pero seducido por el mal [...] Y de ahí el conflicto. Por lo tanto, su fórmula ha de buscarse entre dos polos, y, quizá, una indecisión entre ellos lo lleva a extremar su dilema espiritual, ya que vacila a cada momento entre las dos posibilidades. (Phillips, 1962, p. 148)

En Octavio Paz los postulados no son distintos, ya que, de igual manera, erotismo y mística se advierten como dos potencias altamente contrarias, acaso por ciertas condiciones antitéticas entre carne y alma:

1 Conviene señalar aquí que uno de los orígenes de esta dualidad religión-erotismo en la poesía contemporánea se encuentra en Baudelaire, a quien López Velarde leyó: —“Entonces era yo seminarista / sin Baudelaire, sin rima y sin olfato” (López Velarde, 2014), escribe el originario de Jerez en su primer poemario, *La sangre devota*, de 1916. El francés impulsó este tema como rechazo de la moralidad burguesa.



La dualidad materia y espíritu, alma y cuerpo, amor sensual y amor espiritual, puede ser cristiana si esa oposición no es definitiva [...] Para López Velarde, en cambio, las dos mitades jamás se funden. El espíritu es invulnerable, incorruptible, intocable. La materia, sometida al tiempo, vencida por su propio peso, cae; la materia es vulnerable y su peso es pesadumbre, corrupción. El dualismo de López Velarde es radical y en él debe verse el fundamento de su pesimismo. (Paz, 1980, p. 112)

Y Villaurrutia distingue, del mismo modo, dos destinos: el del cielo y el del infierno, ambos concatenados en el vigor amoroso y, sin embargo, distantes mediante un desdoblamiento personal en el que el poeta se antoja una moneda de dos caras: a veces perverso, otras, devoto. Es decir, se trata de un drama de doble significación en el que, momentáneamente, coexisten erotismo y religión, y donde, al final, persisten como dos diálogos irreconciliables y contradictorios:

Cielo y tierra, virtud y pecado, ángel y demonio, luchan y nada importa que por momentos venzan el cielo, la virtud y el ángel, si lo que mantiene el drama es la duración del conflicto, el abrazo de los contrarios en el espíritu de Ramón López Velarde, que vivió escoltado por un ángel guardián, pero también por un «demonio estafalario». Éxtasis y placeres lo atraen con idéntica fuerza. Su espíritu y su cuerpo vivirán bajo el signo de dos opuestos grupos de estrellas. (Villaurrutia, 1940, pp. 73-74)

Se detecta, entonces, dentro de la crítica literaria una polaridad que de forma aparente resulta irreconciliable entre dos momentos esenciales de la poética velardiana. No obstante, a juicio del presente análisis, ambos elementos pueden y deben articularse de manera simultánea en el discurso lírico velardiano, a razón de no perder su dinamismo. Para tal efecto, se abordan, en primer término, ambos conceptos de manera aislada para, posteriormente, encontrar un vínculo entre ellos y, así, desglosar esta propuesta en el análisis de las piezas poéticas ya descritas.

A MANERA DE MARCO CONCEPTUAL: EROTISMO Y MISTICISMO

Desde este panorama crítico, es menester delimitar los conceptos que operan dentro del presente estudio para evitar ambigüedades y establecer un marco teórico preciso que permita abordar con mayor afinidad el corpus propuesto.

Sea como fuere, el erotismo, entendido como una actividad íntima y psicológica propia e inherente a la existencia humana, en la que acaece el deseo sexual y la pasión, amén de otras sensibilidades complejas, ora corporales, ora estéticas, deviene en un arranque intenso por alcanzar una comunión absoluta con el sujeto amado:

Podemos decir del erotismo que es la aprobación de la vida hasta en la muerte. [...] La actividad sexual reproductiva la tienen en común los animales sexualizados y los hombres, pero al parecer solo los hombres han hecho de su actividad sexual una actividad erótica, donde la diferencia que separa al erotismo de la actividad sexual simple es una búsqueda psicológica independiente del fin natural dado en la reproducción y del cuidado que dar a los hijos [...] En efecto, aunque la actividad erótica sea antes que nada una exuberancia de la vida, el objeto de esta búsqueda psicológica, independientemente como dije de la aspiración a reproducir la vida, no es extraña a la muerte misma [...] Hasta la pasión feliz lleva consigo un desorden tan violento, que la felicidad de la que aquí se trata más que una felicidad de la que se puede gozar, es tan grande que es comparable con su contrario, con el sufrimiento. (Bataille, 1979, pp. 15, 24)

Discontinuidad temporal e interioridad absoluta tensan la experiencia erótica en una perturbación espiritual, psicológica y, en cierto modo, corporal, en la que el sujeto que la padece se ve dominado en una suspensión que lo aísla del mundo, sometiéndolo a una ascensión sensitiva casi lúdica. Este accionar del erotismo, sin duda, contiene en sí una polaridad o desequilibrio: el sufrimiento y la angustia por alcanzar

una unidad, experimentados mediante el éxtasis con aquello que se desea. En suma, el erotismo viene a perfilarse como una lucha interior en el ser humano, en donde la carne y la mente gravitan en una exuberancia del deseo.

Lo mismo podemos decir acerca del misticismo,² pues resulta ser una entrada al espíritu y a la sensibilidad humanas en pos de una realidad completamente nueva, un querer alcanzar o situarse en una tierra desconocida y anhelada: lo divino. La mística³ es, ante todo, una experiencia de éxtasis que mengua el tiempo y el espacio: los segundos se vuelven horas y el cuerpo se deshace en humo para ascender hacia otro plano. Es decir,

con la palabra «mística» nos referiremos, en términos todavía muy generales e imprecisos, a experiencias interiores, inmediatas, frutivas, que tienen lugar en un nivel de conciencia que supera la que rige en la experiencia ordinaria y objetiva, de la unión —cualquiera que sea la forma en que se la viva— del fondo del sujeto con el todo, el universo, el absoluto, lo divino, Dios o el Espíritu. [...] El elemento místico se basa en la presencia ontológica y la penetración activa del Espíritu infinito en el espíritu finito. Esa presencia se manifiesta indirectamente en el sentido de la contingencia y la finitud que sobrecoge al hombre cuando considera el alcance de su querer, su inteligencia y sus actos más propiamente humanos. Es un elemento especial, irreducible a cualquier otro elemento, que cristaliza en una actitud innata de recogimiento, intuición, emoción, originada por esa presencia y activada por su acción. (Velasco, 2003, pp. 23, 30)

2 El presente trabajo entiende el misticismo desde una perspectiva fenomenológica de raigambre occidental, particularmente en la línea de estudios como los de Velasco, donde se concibe como una experiencia interior de unión con lo absoluto mediada por una intensificación de la conciencia.

3 Desde esa óptica, conviene distinguir entre 'misticismo' como categoría de análisis, a saber, como campo de estudio teórico, y 'lo místico' o 'la mística' como una experiencia vivida o fenómeno interior. Tal distinción permite evitar ambigüedades terminológicas y precisar el enfoque adoptado en el presente trabajo.

En consecuencia, resulta pertinente concluir que el estado místico representa una contemplación interior que dirige al ser humano hacia un arrobamiento sensorial e interno. Sin embargo, este éxtasis implica, de igual forma, una suspensión epistemológica. Lo místico se erige como un salto hacia la revelación de lo oculto, en suma, un conocimiento trascendente alcanzado por medio de la unidad y la presencia ante lo sagrado, divino o espiritual.

La relación entre los conceptos erotismo y misticismo, percibidos como tan distintos uno del otro, puede hallarse, según la consideración del presente análisis, en un proceso gradacional caracterizado por una interiorización y experiencia empírica caracterizada por un anhelo de trascendencia o unidad. Esto es: el ser humano sufre una crisis sensorial y espiritual en su interior que lo impulsa hacia el éxtasis, concebido como una potencia de sublimación y elevación. De este modo, los fenómenos de tiempo y espacio son imperceptibles, casi nulos. Por lo tanto, solo existe la elevación espiritual y sensorial que lleva al sujeto hacia una revelación profunda.

UN FLORECIMIENTO QUE SE VUELVE COSECHA: EL CUERPO FEMENINO ENTRE EROS Y SACRALIDAD

Erotismo y mística desvanecen su oposición en la poesía velardiana para encontrar una armonía, una conjugación desde el propio deseo de unidad, pues, como se puntualizó, ambos elementos se circunscriben en un anhelo y contemplación teopática, engendrada y dinamizada en la figura femenina al consolidarla como apetito carnal y aspiración sagrada al mismo tiempo: "La mujer es la llave del mundo, la presencia que reconcilia y ata las realidades disgregadas; pero es una presencia que se multiplica y así se niega en infinitas presencias, todas ellas mortales" (Paz, 1980, p. 79).

Así pues, la figura femenina funciona como base de intensificación, puesto que concentra y hace



visible, de manera simultánea, las tensiones entre lo sensible y lo significativo; en ese sentido, articula una experiencia que no se escinde, por el contrario, condensa de forma progresiva mediante procedimientos retóricos específicos que funcionan como tensiones entre lo erótico y lo místico: “**Transmútase** mi alma en tu presencia / **como un florecimiento** / que se vuelve **cosecha**” (López Velarde, 2014, p. 99).⁴

La comparación introduce una gradación —del ‘florecimiento’ a la ‘cosecha’— que se interpreta como una forma de amplificación en la medida en que el segundo término no sustituye al primero, sino que lo intensifica como culminación de un proceso instaurado.

El segundo ejemplo, perteneciente al poema “Que sea para bien...”, comprende una serie de palabras propias del elemento fuego: ‘incendio’, ‘lava’ y ‘volcánica’, que remiten a una acumulación de imágenes ígneas. Estas últimas han de insertarse en el procedimiento intensificador como una representación exacerbada del cuerpo femenino, el cual se traslada a una percepción enérgica interna y en expansión: “Tu palidez denuncia que en tu rostro / se ha posado el **incendio** y ha corrido la **lava**... / Día último de marzo; emoción; aves; sol... / Tu palidez **volcánica** me agrava” (López Velarde, 2014, p. 109).

Caso análogo acontece en el tercer ejemplo, del poema “Hormigas”, en el que la imagen de las ‘hormigas’ se traduce en una metáfora de tintes hiperbólicos que funcionan mediante una acumulación sensorial, condensando múltiples percepciones en un solo objeto o sujeto: la experiencia corporal. Asimismo, destaca la hipálage como figura retórica en el último verso citado, dicha alteración funciona como un recurso de intensificación: “A la cálida vida que transcurre canora / con garbo de **mujer** sin letras ni antifaces, / responde, en la embriaguez de la encantada hora, / **un encono de hormigas en mis venas voraces**” (López Velarde, 2014, p. 159).

4 Los versos resaltados son enfatizaciones propias que tienen por propósito destacar al lector los rasgos que se estudian en el presente análisis.

En el cuarto caso, las enumeraciones responden a una aglomeración descriptiva. En el poema “Idolatría” se pretende desarrollar los atributos del cuerpo femenino y transformarlos hacia una dimensión religiosa y erótica: “Idolatría / de los **bustos eróticos y místicos** / y los **netos perfiles cabalísticos**” (López Velarde, 2014, p. 165).

Sin embargo, en “Ánima adoratriz” se puede observar que recurre a la enumeración de elementos heterogéneos para ofrecer, de nuevo, un cúmulo diverso de imágenes que se intensifican en su significado para proyectar una totalidad experiencial nueva: “**Todo** me pide sangre: **la mujer y la estrella**, / **la congoja** del trueno, **la vejez** con su báculo, / **el grifo** que vomita su hidráulica querella, / **y la lámpara**, parpadeo del tabernáculo” (López Velarde, 2014, p. 169).

COMO PERFUME Y PAN Y TÓSIGO Y CAUTERIO: IMAGINARIO COMPARATIVO Y EXPERIENCIA MÍSTICA

La experiencia mística-erótica se percibe por medio de una intensificación retórica, en la cual gradación y comparación muestran una transmutación espiritual en el sujeto lírico, lo cual manifiesta una movilización y elevación sensorial ante una presencia divina. Dicha gradación se observa como una cualidad amplificativa en la medida en que las imágenes no se sustituyen entre ellas, por el contrario, se complementan e intensifican de forma progresiva.

Por su parte, las formas comparativas dentro de los poemas tienden a situarse en el paisaje agrícola, la fauna o el espacio cotidiano de la provincia, aspecto erótico que refleja el estado interior del sujeto lírico, denotando un evidente anhelo de éxtasis y unión.

La siguiente estrofa pertenece al poema “Transmútase mi alma...”. En él, la comparación “como pobre chicuela” introduce una imagen de tintes cotidianos, en consecuencia, se traslada la experiencia exacerbada y espiritual del sujeto a una escena concreta al amplificar su carga emotiva mediante la similitud

religiosa: “Los amados espectros de mi rito / para siempre me dejan; / **mi alma se desazona / como pobre chicuela** / a quien prohíben en el mes de mayo / **que vaya a ofrecer flores en la iglesia**” (López Velarde, 2014, p. 99).

Del mismo modo, en “Hormigas”, la serie comparativa que se utiliza en el último verso articula una acumulación que intensifica la figura del cuerpo por medio de una fórmula antitética de experiencias, las cuales abarcan valores sensitivos y mortuorios, eslabonando una imagen que oscila entre calidad erótica y religiosa: “Antes de que tus labios mueran, para mi luto, / **dámelos en mi crítico umbral del cementerio / como perfume y pan y tósigo y cauterio**” (López Velarde, 2014, p. 160).

En los versos citados a continuación, la comparación inicial utilizada en “Ánima adoratriz” que alude a un herido cumple una función de similitud gradativa, ya que proyecta una experiencia íntima hacia una atmósfera mística: “Como aquel que fue herido en la noche agorera, / y denunció su paso goteando la acera, / yo puedo desandar mi camino rubí, / hasta el minuto y hasta la casa en que nací / místicamente armado contra la laica era” (López Velarde, 2014, p. 170).

MAS CONTEMPLA EN TU ROSTRO: EL RETRATO ERÓTICO-MÍSTICO

Ahora bien, las contemplaciones del sujeto lírico contienen un par de elementos más de intensificación: hipérbole y descripción. Estos instauran un espacio sagrado y una realidad exacerbada de pasión y deseo. Dicha intensificación puede concebirse como una forma de amplificación descriptiva en la medida en que la acumulación de rasgos no se limita a expandir únicamente la imagen, sino que incrementa su carga emocional.

El rostro o cuerpo femenino resulta una presencia voluptuosa, casi una tentación luminosa, cargada de una gravedad divina y erótica, en la que el sujeto

lírico se ve inmerso por completo en cuerpo y alma. El lenguaje cumple su función expresiva y se desplaza hacia un segundo nivel de significación en el que se intensifica y carga de una densidad simbólica que excede su función referencial inmediata, vertiendo la operación poética hacia el uso de imágenes abstractas, naturales, sensitivas y litúrgicas que dotan a los poemas de un dinamismo peculiar.

Como se muestra en la estrofa de “Transmútase mi alma”, la descripción atiende a un solo punto de fuga: el rostro, el cual agrupa una serie de imágenes que intensifica, mediante una sensualización física y psíquica, el cuerpo femenino, desplazándolo hacia un paisaje altamente significativo: “Mas **contemplo en tu rostro / la redecilla de medrosas venas**, / como una azul sospecha / de **pasión**, y **camino en tu presencia** / como en **campo de trigo** en que latiese / una misantropía de violetas” (López Velarde, 2014, p. 99).

Por su parte, el procedimiento poético en “Que sea para bien” se introduce en este punto desde una hipérbole de carácter ígneo. Es decir, la imagen de las ‘lavas repentinas’ funciona como intensificación de la experiencia erótica, puesto que el cuerpo se transmuta en una energía vehemente: “**Yo estoy en la vertiente de tu rostro, esperando / las lavas repentinas que me den / un fulgurante goce**. Tu victorial y pálido / prestigio ya me invade... ¡Que sea para bien!” (López Velarde, 2014, p. 110).

El empleo reiterado de imágenes heterogéneas, adscritas a la enumeración, puede atenderse como un acervo de intensificación al congregarse registros sensitivos, abstractos y simbólicos en una misma tensión hiperbólica. La siguiente estrofa de “Hormigas” representa un ejemplo de lo mencionado: “Fustigan el **desmán del perenne hormiguelo / el pozo del silencio** y el **enjambre del ruido**, / la **harina rebanada** como doble trofeo / en los **fértiles bustos**, el **Infierno** en que creo, / el **estertor final** y el **preludio del nido**” (López Velarde, 2014, p. 159).

A continuación, la metáfora dentro de “Idolatría” de los ‘pies lunares y solares’ proyecta una imagen de tintes cósmicos, sugiriendo, en obviada, una exacerbación simbólica, ya que desarraiga al cuerpo femenino



de su calidad terrenal para situarlo, en cambio, en una escala macrocósmica: “**Idolatría / de los dos pies lunares y solares / que lunático fingen el creciente / y cuando van de oro son un baño / para la Tierra, y son preclaramente / los dos solsticios de un único año**” (López Velarde, 2014, pp. 164-165).

Otra metáfora, con matices más complejos en contraste con “**Idolatría**”, se encuentra en “**Ánima adora-triz**”, en ella puede atisbarse el mecanismo de intensificación debido a que recurre a la concentración de múltiples elementos sensoriales, atmosféricos y eróticos en un solo objeto: la del ‘**barómetro lúbrico**’: “**Mi virtud de sentir se acoge a la divisa / del barómetro lúbrico, que en su enagua violeta / los volubles matices de los climas sujeta / con una probidad instantánea y precisa**” (López Velarde, 2014, p. 169).

EN LA VERTIENTE DE TU ROSTRO: FIGURACIÓN SENSORIAL DEL CUERPO FEMENINO Y DINÁMICA DE INTENSIFICACIÓN

Ciertamente, las descripciones pretenden mostrarnos a la mujer. No obstante, su representación conjuga un retrato femenino singular: el de una virgen omnipresente en la vida del sujeto lírico. Luces, palidez, rodillas gráciles, pies lunares, bustos eróticos y cintura rítmica corresponden a enumeraciones propias de una *efficatio*, etopeya y etopea⁵ que intensifican la representación del cuerpo femenino.⁶ En consecuencia, operan como un procedimiento de amplificación que

expande sus cualidades sensibles y simbólicas: la de un cuerpo enaltecido en el rito poético, un cuerpo puro, perfecto y, no obstante, fundido a un deseo erótico que fija su valor en la esfera de lo sensorial.

La vista contempla, el olfato embriaga, el tacto aguarda de forma ardiente en el anhelo unitario, el oído escucha la intensa marcha logarítmica del cuerpo y el gusto se deleita en la imagen femenina-divina. Tal activación del campo sensitivo modela, consecuencia, una sinestesia voluptuosas cuyas distintas percepciones no se presentan de una forma aislada, sino que resultan un entramado sensorial que intensifica la experiencia íntima y descriptiva de nuestro sujeto lírico.

Esta fórmula sensitiva se atiende en el siguiente ejemplo de “**Transmútase mi alma**” mediante la comparación entre dos circunstancias dispares. Por un lado, el paisaje cotidiano, profano hasta cierto punto. Por el otro, una atmósfera litúrgica. Sin embargo, el procedimiento de intensificación no segrega ambos aspectos, al contrario, los funde en un espacio olfativo e íntimo y en una sola experiencia erótica-mística: “**y te respiro como un ambiente / frutal, como en la fiesta / del Corpus respiraba hasta embriagarme / la fruta del mercado de mi tierra**” (López Velarde, 2014, p. 100).

En una estrofa de “**Que sea para bien**” citada con anterioridad, este procedimiento descriptivo acaece por medio de la hipérbole; empero, su nivel de sentido se aboca a exponer un desbordamiento pasional y energético, cuya base se encuentra inscrita en la vista: “**Yo estoy en la vertiente de tu rostro, esperando / las lavas repentinas que me den / un fulgurante goce. Tu victorial y pálido / prestigio ya me invade... ¡Que sea para bien!**” (López Velarde, 2014, p. 110).

Así como en “**Hormigas**”, la sensación del gusto se configura por medio de una imagen anafórica: ‘tu boca’, cuya significación alude al deseo de un punto específico del cuerpo femenino. No obstante, su extensión se logra por medio de la creación de una atmósfera erótica ligada de forma concomitante al paisaje infernal: “**Y tu boca, que es cifra de eróticos denudados, / tu boca, que es mi rúbrica, mi manjar**

5 La tercia de elementos corresponde a los subtipos de descripción propuestos por Helena Beristáin: “La descripción puede ofrecer la idiosincrasia y el físico de una persona (“*efficatio*” o retrato), sobre todo si se basa en su apariencia y se infiere de sus acciones [...], de sus costumbres o pasiones humanas (*etopeya*), de las características correspondientes a tipos dados individualizados (*etopea*)” (Beristáin, 1995, pp. 137-138).

6 Cabe señalar que el retrato solo adopta la descripción física de la mujer (prosopografía) y no la descripción del carácter o personalidad de esta (*etopeya*), porque únicamente se avoca a detallar los rasgos anímicos y sensuales de una visión hipermasculinizada de la voz poética, que en otros poemas exhorta a otras ‘manos masculinas’ a gozar del cuerpo femenino.

y mi adorno, / tu boca, en que la lengua vibra asomada al mundo / **como réproba llama saliéndose de un horno**" (López Velarde, 2014, p. 159).

En "Idolatría", el desarrollo del sentido del oído se articula mediante imágenes de carácter musical concatenadas a la figura femenina, lo cual sugiere un efecto de amplificación: "Idolatría / de la bizarra y **música cintura**, / guirnalda en que abril se transfigura, / que sirve de medida / a los más **filarmónicos afa-**nes, / y que asedian los **raucos gavilanes** / de nuestra juventud embravecida" (López Velarde, 2014, p. 165).

Y el valor táctil se sintetiza mediante una condensación metafórica cuyo génesis se ubica en la vista contempladora y culmina en los interiores del sujeto lírico, a manera de gradación e hipérbole sensorial. A saber, el aspecto táctil resulta evidente en "Ánima adoratriz" y se percibe como una progresión aguda que yace en la sangre: "Todo lo que a **mis ojos** es limpio y es agudo / bebe de mis **drolácticas arterias** al saludo" (López Velarde, 2014, p. 169).

LAS RÁFAGAS ETERNAS ENTRE LAS FUGITIVAS: TIEMPO, ESPACIO Y ÉXTASIS EN LA EXPERIENCIA MÍSTICA-ERÓTICA

La combustión mística-erótica presenta una realidad que atiranta el tiempo y el espacio poético. Por medio de elementos intensificantes, tales como hipérboles, gradaciones, antítesis, metáforas, símiles, sinestesias, hipálages, descripciones, enumeraciones, imágenes interdependientes, motivos astronómicos, plastificación de emociones y lenguaje litúrgico-erótico, el tiempo se detiene y, de forma paralela, transcurre en un solo instante de éxtasis.

Esta convergencia debe entenderse como el resultado de un orden amplificativo, sostenido en la acumulación de múltiples procedimientos retóricos que exacerban la experiencia del sujeto lírico hasta producir una suspensión de las coordenadas temporales y espaciales.

A saber, el orden temporal y espacial se desquebraja y se resiste a oscilar de manera natural para sumergirse, en cambio, en una contradicción, un instante poético en el que "el ser sube o baja, sin aceptar el tiempo del mundo que reduciría la ambivalencia o la antítesis y lo simultáneo a lo sucesivo" (Bachelard, 1987: 95).

Así, en "Transmútase mi alma..." la comparación nos sitúa en un lugar altamente idílico, cargado de instante y presencia femenina, como se puede ver a continuación: "**y camino en tu presencia / como en campo de trigo** en que latiese / una misantropía de violetas" (López Velarde, 2014, p. 99).

La misma geografía paradisíaca se percibe en "Hormigas", ello mediante una imagen sugerente, cargada de una acumulación de motivos orgánicos, sensitivos y cromáticos que ubican al sujeto lírico en un momento y espacio únicos: la boca del sujeto amado: "Antes de que deserten mis **hormigas**, Amada, / déjalas caminar camino de **tu boca** / a que apuren los viáticos del **sanguinario fruto** / que desde **sarracenos oasis** me provoca" (López Velarde, 2014, p. 160).

Con mayor novedad, la experiencia mística-erótica alcanza el carácter astronómico por medio de la imagen hiperbólica dentro de "Idolatría", pues el tiempo se coagula en una simultaneidad singular: "y cuando van de oro son un baño / para **la Tierra**, y son preclaramente / **los dos solsticios de un único año**" (López Velarde, 2014, p. 165).

No obstante, la insistencia por alcanzar la experiencia mística y erótica en el ecosistema de lo cotidiano nos sumerge, de nueva cuenta, en los patios interiores del sujeto lírico. Por medio de la enumeración de espacios en "Ánima adoratriz", tales como 'templo', 'calle', 'alcoba' y 'prado', resulta posible atender una acumulación antitética en la cual la realidad sensible del sujeto lírico se superpone de forma exagerada al espacio, pese a verse inmerso en él, y lo coloca frente a un tiempo sensitivo constante: "Mi única virtud **es sentirme desollado / en el templo y la calle, en la alcoba y el prado**. / Olean mi bautismo, en alma y carne vivas, / las **ráfagas eternas** entre las fugitivas" (López Velarde, 2014, p. 164).



Cabe aclarar que este proceso de intensificación se articula de forma explícita, por lo cual es necesario atender, principalmente, a las gradaciones impuestas en el propio poema. Tales gradaciones han de ser comprendidas como un efecto más de la propia ampliación. Para ilustrar lo anterior, en “Transmútase mi alma” dicho procedimiento se percibe a partir de una enumeración ascendente de operaciones sensoriales: primero, existe una presencia divina que cubre al sujeto lírico; después, una transmutación o elevación para proseguir en una contemplación sublime y, por último, una revelación. La misma fórmula de intensificación resulta perceptible en los poemas consecuentes.

EL LEÓN Y LA VIRGEN: LA REVELACIÓN MÍSTICA ERÓTICA

La combustión espiritual sitúa al sujeto lírico en un extraterreno. Al penetrarlo desde lo más interior hasta elevarlo, en esa ascensión erótica-divina le ofrece la sentencia de su destino, la revelación de su vida que, en todos los casos, lo coloca ante una condición espiritual y carnal ineludibles: el apetito hiperbólico e insaciable de una continua devoción sexual, ligada a un ente divino imposible de asir por completo.

Las expresiones ‘antorcha inefable’ y ‘pingüe sementera’ de “Transmútase mi alma...” se interpretan como una metáfora de carácter ígneo y fértil. Se mezclan en una ampliación erótica que intensifica la experiencia de revelación como una combustión mística: **“pero tú me revelas / el apetito indivisible, y cruzas / con tu antorcha inefable / incendiando mi pingüe sementera”** (López Velarde, 2014, p. 100).

En “Que sea para bien”, el sujeto lírico se instala en el segundo cielo para recibir la misma revelación, pero esta vez por medio de dos motivos astronómicos que intensifican, concentran e hiperbolizan su situación existencial: el León y la Virgen: **“Me revelas la síntesis de mi propio Zodiaco: / el León y la Virgen. Y mis ojos te ven / apretar en los dedos —como un haz de centellas— / éxtasis y placeres. Que sea para bien...”** (López Velarde, 2014, p. 109).

En términos de simbolismo, el signo de Leo representa la “potencia animal bruta, instantánea y absoluta como la chispa o el relámpago, se torna potencia manifiesta, para llegar a ser fuerza dominada y disponible, como la llama radiante plena de calor y luz” (Chevalier, 1986: 637); y la Virgen se representaría con Virgo, signo “ligado al nacimiento de un dios o semidios, que es la expresión suprema de la energía-conciencia” (Cirlot, 1992: 464).

Ambos signos zodiacales manifiestan una energía erótica persistente, impuesta en un dios femenino puro, inasible y, sin embargo, presente y fértil en la vida del sujeto lírico. En todo caso, la condensación simbólica nos remite a una acumulación arquetípica en la que dos fuerzas opuestas constituyen una misma figura intensificada.

Así pues, la compresión espiritual y erótica no se agota en la síntesis astronómica, por el contrario, se repliega, nuevamente, hacia el ecosistema interior. Desde este, la experiencia mística adquiere otro tipo de densidad y problemática de tintes más aprehensivos. Sin embargo, la restricción efectuada no disminuye o interrumpe en absoluto el éxtasis aéreo del sujeto lírico, por el contrario, lo condensa aún más mediante elementos bíblicos ambivalentes, conjugándolos en una sinestesia táctil y olfativa. La boca adorada representa un infierno salvador, un templo de tentaciones, henchido de una embriaguez fragante donde comulgan llamas, cera y éxtasis:

Mas luego **mis hormigas** me negarán su abrazo
y han de huir de **mis pobres y trabajados dedos**
cual se olvida en la arena un gélido bagazo;
y tu boca, que es cifra de eróticos denuedos,
tu boca, que es mi rúbrica, mi manjar y mi adorno,
tu boca, en que la lengua vibra asomada al mundo
como réproba llama saliéndose de un horno,
en una turbia fecha de cierzo gemebundo
en que ronde la luna porque robarte quiera,
ha de oler a sudario y a hierba machacada,
a droga y a responso, a pábilo y a cera.
(López Velarde, 2014, p. 159-160)

Y en ese desfile de revelaciones, la imagen celestial se vuelve un cúmulo de cualidades altamente sagradas, envueltas en una transfiguración mesiánica. A saber, la evocación femenina adquiere una calidad divina, encuadrada en la esencia de Jesucristo. La mujer deja atrás su carácter mariano para situarse en un plano mucho más alto: fungir como salvadora de un sujeto lírico que habita en la síntesis del placer erótico y la teofanía.

Tal argumento puede constatarse en “Que sea para bien...”; por medio de una enumeración de preguntas retóricas se construye una imagen hiperbólica y mítica de la figura femenina:

¿Ganaste ese prodigio de pálida vehemencia
al huir, con un viento de ceniza,
de una ciudad en llamas? ¿O hiciste penitencia
revolcándote encima del desierto? ¿O, quizá,
te quedaste dormida en la vertiente
de un volcán, y la lava corrió sobre tu boca
y calcinó tu frente?
(López Velarde, 2014, p. 110)

De este modo, se revela un mundo místico y erótico que adquiere un tinte de destrucción pasional, anclado a un flujo mítico de carácter bíblico y cosmogónico. En él convergen imágenes de destrucción, purificación y regeneración, en donde el ser femenino es un espíritu redentor, omnipresente, sujeto a una sensualidad desmedida.

La mujer es Sodoma y Gomorra, pero también una imagen pura, apartada en un desierto de plenitud divina, propicio para el encuentro ambivalente entre lo erótico y lo divino. Estos se encuentran enlazados mediante una mística carnal, definida por un deseo de unidad que arroja al sujeto lírico hacia la experiencia de éxtasis. Lo remite así a la elevación espiritual y sensorial que le permite desligarse del tiempo y el espacio en favor de una contemplación íntima y, de ese modo, alcanzar una revelación existencial: “¡Oh, tú, reveladora, que traes un sabor / cabal para mi vida, y la entusiasmas: / tu triunfo es sobre un motín de sátiras / y un coro plañidero de fantasmas!” (López Velarde, 2014, p. 110).

La misma condición contradictoria de la revelación resulta perceptible en las dos estrofas que a continuación analizamos. En el primer caso, “Idolatría”, la figura femenina contiene en sí misma dos valores simultáneos: el erótico y el sagrado, resultado de la intensificación descriptiva del cuerpo, así como la consagración al mismo: “**Idolatría / del peso femenino**, cesta ufana / que levantamos entre los rosales / por encima de la primera cana, / en la columna de nuestros felices / **brazos sacramentales. / Que siempre nuestra noche y nuestro día / clamen: ¡Idolatría! ¡Idolatría!**” (López Velarde, 2014, pp. 165-166).

Mientras que en el segundo, “Ánima adoratriz”, se despliega una revelación análoga, ya que, por medio de la antítesis “ángel guardián” y “demonio estrafulario”, evidencia una unidad entre sacralidad y pecado, devoción y apetito que terminan por fundirse en una misma experiencia y revelación interior: “**Mi ángel guardián y mi demonio estrafulario**, / desgranando granadas fieles, siguen mi pista / en las vicisitudes de la bermeja lista / **que marca, en tierra firme y en mar, mi itinerario**” (López Velarde, 2014, p. 170).

CONCLUSIONES

El presente estudio de los cinco poemas de Zozobra demuestra que el fenómeno místico y el erótico operan en conjunto como fuerzas simultáneas. Mediante el proceso de intensificación propuesto por Allen W. Phillips se pueden observar diversas recurrencias retóricas como la hipérbole, la gradación, la antítesis, la hipálage, la comparación, los símbolos, las descripciones y el lenguaje litúrgico y erótico, los cuales muestran un proceso de elevación constante, caracterizado por cinco momentos de extrema vehemencia interior.

En primera instancia, la presencia femenina se instituye como una fuerza omnipresente que invade por completo la vida del sujeto lírico para, de forma posterior, desencadenar una crisis sensorial espiritual a modo de una irrupción que desestabiliza su propia



interioridad. Como resultado de esta tensión, el sujeto lírico accede a una experiencia de éxtasis mediada por la contemplación erótica-sagrada que le conduce a una ruptura del tiempo y el espacio poético en el que las coordenadas ordinarias se suspenden. Al final, esta progresión culmina en una revelación que integra en una misma vivencia lo carnal y lo divino.

Asimismo, parece pertinente resaltar que la figura femenina cumple dos funciones primordiales dentro del desarrollo místico-erótico. Por un lado, se perfila como una entidad divina; por el otro, de forma simultánea, se perfila como objeto de deseo carnal. Al final, se instaura como una revelación existencial en el sujeto lírico.

La esencia femenina rodea entonces, por completo, los cinco poemas analizados por medio de las descripciones corpóreas. A partir de estas se hilvanan motivos varios, tales como aspectos bíblicos y astronómicos, lo que genera una imagen única de devoción, arraigada tanto al aspecto erótico como al terreno sacro.

Esta lectura proporciona, en este sentido, la unificación de dos conceptos aislados por la crítica literaria: lo profano y lo sagrado que, por medio de una experiencia altamente sobrecogedora, se amalgaman en un crisol poético que se niega a la discrepancia moral entre el deseo y la espiritualidad. Al hacer esto propone un discurso de tintes muy íntimos y profundamente personal, en el que, en efecto, el deseo de la carne se circunscribe en una elevación

celestial, mística y se revela como una vivencia de tintes pasionales.

REFERENCIAS

- Bachelard, G. (1987). *La intuición del instante*. Fondo de Cultura Económica.
- Bataille, G. (1979). *El erotismo*. Tusquets Editores.
- Beristáin, H. (1995). *Diccionario de retórica y poética*. Porrúa.
- Chevalier, J. (1986). *Diccionario de los símbolos*. Editorial Herder.
- Cirlot, J. E. (1992). *Diccionario de símbolos*. Editorial Labor.
- De la Fuente, C. (1988). *López Velarde y su mundo intelectual y afectivo*. Universidad Autónoma de Zacatecas.
- López Velarde, R. (2014). *Tres libros de poesía: La sangre devota, Zozobra y El son del corazón*. CONACULTA.
- Padilla Uribe, R. (1971). *González de León y López Velarde. Vida y obra*. Gobierno del Estado de Zacatecas; Universidad Autónoma de Zacatecas.
- Paz, O. (1980). *Cuadrivio*. Joaquín Mortiz.
- Phillips, A. (1962). *Ramón López Velarde. El poeta y el prosista*. INBAL.
- Rodríguez, B. (1996). *El imaginario poético de Ramón López Velarde*. UNAM.
- Segovia, T. (2001). *Cuatro ensayos sobre Gilberto Owen*. Fondo de Cultura Económica.
- Torres Bodet, J. (2008). Cercanía de López Velarde. En J. L. Martínez (ed.), *Ramón López Velarde: Obra poética* (pp. 439-447). Fondo de Cultura Económica.
- Velasco, J. M. (2003). *El fenómeno místico*. Editorial Trotta.
- Villaurrutia, X. (1940). *Textos y pretextos*. La Casa de España en México.



Creada con la asistencia de la IA Modelo Gemini 3.5 Flash

ELIZABETH ESCOBAR-RENDÓN. Licenciada en Lengua y Literatura Hispánicas por la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEMéx), México. Actualmente, estudia la maestría en Humanidades con especialización en Estudios Literarios en la misma institución. Su enfoque de investigación es la poesía, así como religión en la poesía mexicana y chilena, en específico en la obra del grupo Contemporáneos y en Gabriela Mistral. Asimismo, cuenta con el Diplomado en Estudios Mexicanos impartido por el Centro de Enseñanza para Extranjeros de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México.

Cómo citar este artículo:

Escobar Rendón, E. (2026). Hacia una mística de la carne: el erotismo como encuentro divino en cinco poemas de *Zozobra*, de Ramón López Velarde. *La Colmena*, (131), 9-21.

